

# **El sendero de los nidos de araña**

**Italo Calvino**

Nota preliminar del autor

Traducción del italiano de  
Aurora Bernárdez

Biblioteca Calvino Ediciones Siruela

*A Kim y a todos los otros*

# 1

Para llegar hasta el fondo del callejón, los rayos del sol tienen que bajar verticalmente, rasando las paredes frías, separadas por los arcos que cruzan una franja de cielo de color azul cargado.

Bajan derechos los rayos del sol, rozando las ventanas distribuidas al azar, las viejas ollas con plantas de albahaca y orégano en los antepechos, las combinaciones tendidas en las cuerdas, hasta las gradas de cantos rodados, con una cuneta en el medio para la orina de las mulas.

Basta un grito de Pin, el grito con que inicia una canción levantando la nariz, desde el umbral del taller, o el que lanza antes de que la mano de Pedroflaco, el remendón, caiga sobre su cabeza, para que de las ventanas nazca un eco de recriminaciones e insultos.

—¡Pin! ¡A esta hora ya empiezas a mortificarnos! Pin, a ver si nos cantas algo... Pin, pobrecito, ¿qué te hacen? ¡Pin, hocico de macaco, ojalá se te seque la voz en la garganta! ¡A ti y al ladrón de gallinas de tu amo! ¡A ti y al colchón de tu hermana!...

Pero Pin ya está en mitad del *carrugio*<sup>3</sup>, con las manos hun-

<sup>3</sup> En las ciudades litorales del golfo de Génova, callejuela en gradas de los barrios pobres. (*N. de la T.*)

didadas en los bolsillos de la chaqueta demasiado de hombre para él, y los mira uno por uno, sin reírse:

—A ver, Celestino, calla un poco. ¡Qué buen traje llevas! Dime, ese robo de paños en los Muelles Nuevos, eh, ¿todavía no se sabe quién fue? Bueno, no tiene nada que ver. Chao Carolina, menos mal que aquella vez. Sí, aquella vez menos mal que tu marido no miró debajo de la cama. Y tú, Pascá, me dijeron que ocurrió en tu pueblo. Sí, que Garibaldi os llevó jabón y tus paisanos se lo comieron. Comejabón, Pascá, joder, ¿sabéis cuánto cuesta el jabón?

Pin tiene una voz ronca de niño viejo: dice cada frase en voz baja, serio, y de pronto estalla en una carcajada en *i* que parece un silbido, y las pecas rojas y negras se le apretujan alrededor de los ojos como un vuelo de avispas.

Antes de burlarse de Pin hay que pensarlo dos veces: conoce todo lo que pasa en el *carrugio* y nunca se sabe con qué va a salir. De la mañana a la noche desgañitándose con canciones y gritos, mientras en el taller de Pedroflaco la montaña de zapatos rotos está por sepultar el banco de zapatero y desbordar hasta la calle.

—¡Pin! ¡Macaco! ¡Hocico sucio! —le grita alguna mujer—. ¡Si me remendaras las chancletas en vez de estar ahí mortificándonos todo el día! Hace un mes que las tenéis en el montón. ¡Ya se lo diré a tu amo, cuando lo suelten!

Pedroflaco se pasa la mitad del año en la cárcel porque ha nacido desgraciado y cuando hay un robo en los alrededores acaban siempre por encerrarlo a él. Vuelve y ve la montaña de zapatos rotos y el taller abierto, sin nadie. Entonces se sienta delante de su banco, coge un zapato, le da una vuelta, le da otra, vuelve a arrojarlo al montón; después se toma la cara peluda entre las manos huesudas y maldice. Pin llega silbando, todavía no sabe nada: y ahí se encuentra delante de Pedroflaco con las manos levantadas en el aire y las pupilas bordeadas de amarillo y la cara negra de barba incipiente como pelo de perro. Grita, pero Pedroflaco ya lo tiene cogido del cabello y no lo suelta; cuando se cansa de pegarle lo deja en el taller y se va a la taberna. Ese día nadie vuelve a verlo.

Por la noche, cada dos días, a casa de la hermana de Pin va

el marinero alemán. Pin espera a que suba por el *carrugio* para pedirle un cigarrillo; los primeros tiempos era generoso y le regalaba hasta tres, cuatro a la vez. Burlarse del marinero alemán es fácil porque no entiende y mira con esa cara cuajada, sin contornos, afeitada hasta las sienes. Cuando se marcha, le puedes hacer bromas por detrás, seguro de que no se volverá; es ridículo visto de espaldas, con las dos cintas negras que le bajan de la gorra marinera hasta el trasero descubierto por la chaqueta corta, un trasero carnoso, de mujer, con una gran pistola alemana.

–Rufián... Rufián... –le dicen a Pin desde las ventanas, en voz baja, porque con esa gente es mejor no bromear.

–Cornudos... Cornudos –responde Pin remedándolos y llenándose de humo la garganta y la nariz, humo todavía áspero y acre para su garganta de niño, pero que hay que tragar, no se sabe bien por qué, hasta que le lagrimean los ojos y tose con rabia. Después, con el cigarrillo en la boca, ir a la taberna y decir: Joder, al que me pague un trago le cuento algo que me va a dar las gracias.

En la taberna están siempre los mismos, todo el día, desde hace años, acodados en las mesas, los mentones sobre los puños, mirando las moscas en el hule y la sombra violeta en el fondo de los vasos.

–¿Qué hay? –dice Mishel el Francés–. ¿Tu hermana ha bajado los precios?

Los otros se ríen y dan puñetazos en el zinc:

–¡Esta vez te la dieron, Pin!

Pin los mira de arriba abajo a través de la greña del flequillo que le come la frente.

–Joder, lo que yo pensaba. Fijaos, siempre pensando en mi hermana. Como digo, no hace más que pensar en ella: está enamorado. Enamorado de mi hermana, qué valor...

Los otros se ríen a carcajadas y le dan manotazos y le sirven un vaso. A Pin el vino no le gusta: es áspero en la garganta y eriza la piel y te mete ganas de reír, de gritar y de ser malo. Pero lo bebe igual, vacía los vasos de un tirón, como traga el humo, como de noche espía con asco a su hermana con los hombres desnudos, y verla es como una caricia áspera debajo de la piel,

un gusto acre como todas las cosas de los hombres: humo, vino, mujeres.

—Canta, Pin —le dicen. Pin canta bien, serio, sacando pecho, con su voz de niño ronco. Canta *Le quattro stagioni*:

*Ma quando penso all'avenir  
della mia libertà perduta  
vorrei baciarla e poi morir  
mentre lei dorme... all' insaputa...*

[Pero si pienso en el futuro/ de mi libertad perdida/ quisiera besarla y después morir/ mientras duerme ella... sin saberlo.]

Los hombres escuchan en silencio, con los ojos bajos, como si fuera un himno de iglesia. Todos han estado en la cárcel: el que nunca ha estado en la cárcel no es un hombre. Y la vieja canción de galeotes está llena de ese desánimo que se mete en los huesos por las noches, en la cárcel, cuando los guardianes pasan raspando las rejas con una barra de hierro, y poco a poco todas las peleas, las blasfemias se calman y sólo queda una voz que canta esa canción, como ahora Pin, y nadie le grita que se calle.

*Amo la notte ascoltare  
il grido della sentinella.  
Amo la luna al suo passar  
quando illumina la mia cella.*

[Me gusta escuchar de noche/ el grito del centinela/ y ver pasar la luna/ cuando ilumina mi celda.]

Pin nunca ha estado en la cárcel: la vez que quisieron llevarlo al reformatorio, se escapó. De vez en cuando lo pillan los guardias municipales, por alguna correría en los galpones del mercado de verduras, pero él vuelve loco a todo el cuerpo de guardia con sus chillidos y su llanto hasta que lo sueltan. Pero en el calabozo de la comisaría sí ha estado un poco, y sabe lo que quiere decir, y por eso canta bien, con sentimiento.

Pin sabe todas esas viejas canciones que los hombres de la taberna le han enseñado, canciones que cuentan hechos de sangre; la que dice: *Torna Caserio...* y la de Peppino que mata al teniente. Después, de pronto, cuando todos están tristes y miran el violeta de los vasos y carraspean, Pin hace una pirueta en medio del humo y entona a grito pelado:

–Y le toqué los cabellos/ y ella dijo que éstos no/ más abajo son más bellos/ amor mío si me quieres/ más abajo has de tocar.

Entonces los hombres dan puñetazos en el zinc y la camarera pone a salvo los vasos, y gritan «jiuuu» y baten el ritmo con las manos. Y las mujeres que están en la taberna, viejas borrachonas de cara colorada como la Bersagliera, se zangolotean insinuando un paso de danza. Y Pin, con la sangre que se le ha subido a la cabeza y una rabia que le hace apretar los dientes, se desgañita hasta dejar el alma:

–Y toqué su naricita/ y ella dijo gran cretino/ más abajo hay un jardín...

Y todos los demás, batiendo el ritmo con las manos para la Bersagliera que se zangolotea, cantan a coro:

–Amor mío si me quieres/ más abajo has de tocar.

Ese día el marinero alemán subía de mal humor. A Hamburgo, su ciudad, se la iban comiendo día tras día las bombas, y él esperaba día tras día noticias de su mujer, de sus niños. Tenía un temperamento afectivo el alemán, un temperamento de meridional trasplantado en un hombre del mar del Norte. Había llenado su casa de hijos y ahora, alejado por la guerra, trataba de desahogar su carga de calor humano encariñándose con prostitutas de los países ocupados.

–Nada de cigarrillos tener –le dice a Pin que ha salido a su encuentro para darle el *gutentag*. Pin empieza a mirarlo de costado.

–Bien, camarada, también hoy por estos lados, la nostalgia, ¿eh?

Ahora es el alemán el que mira de reojo a Pin; no entiende.

–¿Vienes a ver a mi hermana, por casualidad? –pregunta Pin, como al descuido.

Y el alemán:

–¿Hermana no estar en casa?

–Pero cómo, ¿no lo sabes? –Pin pone una cara falsa, parece educado por los curas–. ¡No sabes que la han llevado al hospital, pobrecita! Una enfermedad mala, pero parece que ahora se cura, si la toman a tiempo. Claro que la tenía desde hace un rato... ¡En el hospital, imagínate, pobrecita!

La cara del alemán parece leche cuajada: tartamudea y suda:

–¿Hospital? ¿Enfermedad? –Por una ventana del entrepiso se asoma el busto de una muchacha de cara de caballo y pelo de negra.

–No le hagas caso, Frick, no le hagas caso a ese sinvergüenza –grita–. ¡Esta me la vas a pagar, hocico de macaco, serás mi ruina! ¡Sube, Frick, no le hagas caso que bromeaba, el diablo se lo lleve!

Pin le hace una mueca de burla.

–¡Sudaste frío, camarada! –le dice al alemán y se escabulle por un callejón.

A veces hacer una broma pesada deja un gusto amargo, y Pin se encuentra solo, deambulando por las callejuelas, y todos le gritan insultos y lo rechazan. Uno tendría ganas de estar con una pandilla de amigos, en esos momentos, para explicarles el lugar donde hacen su nido las arañas, o para librar batallas de cañas, en el zanjón. Pero los chicos no lo quieren a Pin: es amigo de los grandes, Pin, sabe decir a los grandes cosas que los hacen reír y enfadarse, no como ellos que no entienden nada cuando los grandes hablan. Pin a veces quisiera meterse con chicos de su edad, pedirles que lo dejen jugar a cara o cruz, y que le expliquen la entrada de un túnel que llega hasta la plaza del Mercado. Pero los chicos lo dejan de lado, y algunas veces le pegan; porque Pin tiene unos bracitos flacos y es el más débil de todos. A veces van a ver a Pin para pedirle que les explique las cosas que suceden entre las mujeres y los hombres; pero Pin empieza a burlarse de ellos gritando por el callejón y las madres llaman a sus hijos:

–¡Costanzo! ¡Giacomino! ¡Cuántas veces te he dicho que no debes andar con ese chico tan malcriado!

Las madres tienen razón: Pin no sabe contar más que historias de hombres y mujeres en la cama y de hombres asesina-



dos o presos, historias que le han enseñado los grandes, especies de cuentos que los grandes se cuentan entre ellos y que sería bueno escuchar si Pin no intercalase chistes y cosas que no se entienden, que hay que adivinar.

Y a Pin no le queda sino refugiarse en el mundo de los grandes, de los grandes que también le dan la espalda, de los grandes que también son incomprensibles y distantes para él como para los otros chicos, pero que es más fácil tomar en solfa, con ese deseo de mujeres y ese miedo de los carabineros, hasta que se cansan y empiezan a tirarle de las orejas.

Ahora Pin entrará en la taberna llena de humo y violácea, y les dirá a esos hombres cosas obscenas, insultos jamás oídos, hasta que se enfurezcan y le peguen, y cantará canciones conmovedoras, emocionándose hasta llorar y hacerlos llorar, e inventará bromas y muecas nuevas para morir de risa, todo para disipar la niebla de soledad que se le condensa en el pecho en tardes como ésa.

Pero en la taberna los hombres son un muro de espaldas que no se abre para él; y hay un hombre nuevo en el medio, muy flaco y serio. Los hombres miran de reojo a Pin cuando entra, después miran al desconocido y le dicen unas palabras. Pin ve que el viento ha cambiado; razón de más para acercarse con las manos en los bolsillos y decir:

–Joder, la cara que puso el alemán, tendríais que haber visto.

Los hombres no contestan con las salidas de siempre. Se vuelven despacio, uno por uno. Mishel el Francés primero lo mira de costado como si nunca lo hubiera visto, después dice, lento:

–Eres un rufián asqueroso.

El vuelo de avispas en la cara de Pin se alborota y en seguida se calma; después Pin habla con calma, pero achicando los ojos:

–Ya me explicarás por qué.

El Jirafa vuelve un poco el cuello hacia él y dice:

–Fuera de aquí, nosotros no tenemos nada que ver con quienes se entienden con los alemanes.

–Al final –dice Gian el Chófer–, con vuestras relaciones acabaréis en el Fascio bien acomodados.

Pin trata de poner cara de tomarles el pelo.

–Después me explicáis qué es eso –dice–. Yo con el Fascio nunca he tenido nada que ver, ni siquiera con los balillas<sup>4</sup>, y mi hermana anda con quien quiere y no molesta a nadie.

Mishel se rasca un poco la cara:

–El día en que las cosas cambien, ¿comprendes?, a tu hermana la haremos salir rapada y desnuda como una gallina desplumada... Y para ti... para ti estamos estudiando algo que no te lo sueñas siquiera.

Pin no se inmuta pero se ve que por dentro sufre y se muerde los labios:

–El día en que seáis más listos –dice–, os explicaré cómo son las cosas. Primero, yo y mi hermana no sabemos nada el uno del otro y rufianes seréis vosotros si os da la gana. Segundo, mi hermana no anda con alemanes porque le interesen los alemanes, sino porque es internacional como la cruz roja y así como anda con ellos después irá con los ingleses, los negros y cuanto fulano venga –(éstas son frases que Pin ha aprendido escuchando a los grandes, tal vez los mismos que están hablando con él. ¿Por qué tiene ahora que explicarlas a ellos?)–. Tercero, yo con el alemán todo lo que hice fue birlarle unos cuantos cigarrillos, y en cambio le he hecho bromas como la de hoy mismo que ahora no os cuento porque me habéis quitado las ganas.

Pero la tentativa de desviar la conversación fracasa. Gian el Chófer dice:

–¡Está la cosa como para bromas! Yo estuve en Croacia y allí bastaba que un alemán estúpido saliera a buscar mujeres en un pueblo para que no se encontrara ni su cadáver.

Mishel dice:

–Uno de estos días a tu alemán lo encontrarán en una cloaca.

El desconocido que ha estado todo el tiempo callado, sin aprobar ni sonreír, le tira un poco de la manga:

–No es el momento de hablar de esto. Recordad lo que os he dicho.

Los otros asienten y siguen mirando a Pin. ¿Qué querrán?

<sup>4</sup> Niños de 8 a 14 años, miembros de las Juventudes fascistas. (*N. de la T.*)

–Dime –pregunta Mishel–, ¿has visto la pistola del marinero?

–Una pistola del carajo –responde Pin.

–Bueno –dice Mishel–, tú nos traerás esa pistola.

–¿Y cómo? –pregunta Pin.

–Te las arreglas.

–¿Pero cómo hago si la lleva siempre pegada al culo? Cogedla vosotros.

–Bueno, yo digo: ¿en cierto momento no se quita los pantalones? Y entonces se quita también la pistola, seguro. Tú vas y se la coges. Arréglatelas.

–Si quiero.

–Escucha –dice el Jirafa–, aquí no se bromea. Si quieres ser de los nuestros ya sabes lo que tienes que hacer; si no...

–¿Si no?

–Si no... ¿Sabes qué es un *gap*?

El hombre desconocido le da un codazo al Jirafa y sacude la cabeza: parece no gustarle la manera de proceder de los otros.

Para Pin las palabras nuevas tienen siempre un halo de misterio, como si aludieran a algo oscuro y prohibido. ¿Un *gap*? ¿Qué será un *gap*?

–Claro que lo sé –dice.

–¿Qué es? –pregunta Jirafa.

–Es lo que en... tú y toda tu familia.

Pero los hombres no le hacen caso. El desconocido les ha hecho una señal para que acerquen la cabeza y les habla en voz baja y parece reprocharles algo, y los hombres hacen gestos de que tiene razón.

Pin está fuera de todo esto. Se irá sin decir nada, y de la historia de la pistola es mejor no volver a hablar, era algo sin importancia, tal vez los hombres ya la han olvidado.

Pero apenas ha llegado a la puerta cuando el Francés alza la cabeza y dice:

–Pin, entonces para aquel asunto estamos de acuerdo.

Pin quisiera volver a hacerse el tonto, pero de pronto se siente niño en medio de los grandes y se queda con la mano en el marco de la puerta.

–Si no, mejor que no aparezcas por aquí –dice el Francés.

Pin está ya en el *carrugio*. Anochece y en las ventanas se en-

cienden las luces. A lo lejos, en el torrente, empiezan a croar las ranas; en esta época del año los chicos esperan alrededor de las pozas para atraparlas. Al apretarlas en la mano el contacto de las ranas es viscoso, resbaladizo, recuerdan a las mujeres, tan lisas y desnudas.

Pasa un chico con gafas y medias largas: Battistino.

–Battistino, ¿tú sabes qué es un *gap*?

Battistino pestañea, curioso:

–No, ¿qué es?

Pin empieza a reír, burlón:

–¡Ve a preguntarle a tu madre qué es el *gap*! Dile: mamá, ¿me regalas un *gap*? ¡Díselo, vas a ver cómo te lo explica!

Battistino se aleja muy mortificado.

Pin sube por el *carrugio*, casi oscuro ya; se siente solo y perdido en esa historia de sangre y cuerpos desnudos que es la vida de los hombres.